



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen 6 · Número 2 (julio-diciembre, 2022)

Aristocracia espiritual, elitismo republicano y nacionalismo:
Ernesto Palacio en *La Nueva República, Número y Nuevo Orden*

Diego A. Orlando

RECIBIDO: 25 de julio de 2022

APROBADO: 5 de de diciembre de 2022

Aristocracia espiritual, elitismo republicano y nacionalismo: Ernesto Palacio en *La Nueva República*, *Número* y *Nuevo Orden*

Diego A. Orlando
Departamento de Filosofía, UBA
diego.a.purple@gmail.com

Resumen

La historia intelectual ha suministrado estudios recientes del proceso de transmutación que tuvo como protagonistas a las ciudades latinoamericanas a inicios del siglo XX. De aldeas a ciudades cosmopolitas, las nuevas urbes promovieron cambios culturales que demandaron otras formas de pensar la realidad. Tales acontecimientos aún despiertan interrogantes en torno a las acciones que la elite letrada argentina produjo frente a ellos. En este sentido, aquí se analizará una serie de intervenciones discursivas nacionalistas producidas por Ernesto Palacio (1900-1979), las cuales adquirieron notoriedad en este particular contexto intelectual por su carácter republicano-elitistas. Este trabajo explorará entonces el vínculo continuo dado entre los términos elitismo y republicanism, conceptos que en su pensamiento han gravitado alrededor de la idea de nación. A tal fin, se recurrirá a las siguientes fuentes: el periódico nacionalista *La Nueva República* (1927-1931), la revista *Número* (1930-1931) y el semanario político *Nuevo Orden* (que dirigió entre los años 1940 y 1942); asimismo, a los ensayos *El espíritu y la letra* y *Catilina. Contra la oligarquía* y a su texto de carácter histórico *La historia falsificada*.

Palabras clave: *Revistas culturales — elitismo republicano — nacionalismo — Ernesto Palacio*

Abstract

Intellectual history has recently produced studies on the transmutation process that had the Latin American cities as its protagonists and took place at the beginning of XX century. Villages became cosmopolitan cities, and these new metropolises promoted cultural changes that entailed new ways to think about reality. These developments still bring up questions about the behaviour the literate elite had in the face of such events. In this sense, this text will analyse a series of nationalist discursive interventions produced by Ernesto Palacio (1900-1979) that due to its republican-elitist nature acquired special importance in this particular intellectual context. For that reason, this article will explore the continuous bond given between the concepts of elitism and republicanism, both of gravitating importance in Palacio's idea of nation. In order to do this, the article will concentrate in the following sources: the nationalist journal *La Nueva República* (1927-1931), the *Numero* review (1930-1931) and the political weekly *Nuevo Orden* (which Palacio directed between 1940 and 1942), as well as his essays *El espíritu y la letra* and *Catilina. Contra la oligarquía*, along with his historical text *La historia falsificada*.

Keywords: *Cultural reviews — nationalism — hispanism — Ernesto Palacio*

Introducción

Las investigaciones de la historia cultural han resultado fundamentales para suministrar una amplia comprensión del complejo proceso socio-histórico de transmutación de aldea en metrópoli que tiene como protagonistas a las ciudades latinoamericanas. Buenos Aires no permaneció ajena a esta sociabilidad moderna que se impuso y de la que emergieron otras formas de pensar la realidad urbana. Este campo del conocimiento ha motivado la producción de varios trabajos en torno a las publicaciones periódicas, como por ejemplo

los desarrollados acerca de la revista *Plus Ultra* (Ariza, 2008; Caprara y Ferrandi, 1988; Mangone, 1989; Orlando, 2019, 2006; Viñas, 2004; Wechsler, 1991), a partir de los cuales se han incrementado las herramientas teóricas para abordar los estudios de aquellos sucesos. Estos trabajos abrieron diferentes interrogantes respecto de las pautas y conductas de acción e intervención de la elite letrada argentina en la esfera de la cultura local. De hecho, un conjunto importante de jóvenes intelectuales argentinos de los años '20 y '30 tomaron distancia del proyecto de país de la clase dirigente y le opusieron una férrea crítica política (Losada, 2017, 2016, 2008), aunque también moral mediante un pensamiento que los condujo a una búsqueda de nuevas interpretaciones de la realidad nacional.

Jerarquía espiritual, elitismo republicano y nacionalismo: los signos en el cultural local

El intenso siglo XIX se cerraba con una catástrofe humana: la Primera Guerra Mundial (Hobsbawm, 1998). A nivel general puede decirse que este acontecimiento marcó una crisis civilizatoria para las sociedades europeas y para aquellas que habían adoptado al Viejo Mundo como un modelo cultural y económico preciso de imitarse. Para la elite argentina esto significó asistir al derrumbe de su faro guía, dejándola sin un horizonte certero en el cual depositar sus miradas. Ocurre allí un desfase entre la realidad presente a sus ojos y las representaciones que de ésta pueden ellos concebir (Terán, 1987), dándose así consecuencias políticas en directa resonancia con el resto de los países que se habían aglutinado a la luz de la idea decimonónica de progreso: reacciones antiliberales, críticas al parlamentarismo, impugnaciones a los lazos de comunidad surgidos a partir de las prácticas democráticas ampliadas, actitudes negativas frente a los hábitos y costumbres burguesas, entre otras. Las diferenciaciones entre los estratos sociales, lejos de zanjarse, emergieron otra vez e instalaron modos variados de distanciamiento entre la cultura de elite y la cultura popular.

Tal como lo ha señalado Oscar Terán (2004, 2000, 1987), el canon positivista había sufrido reprobaciones dentro de la elite cultural argentina. Numerosos escritores y ensayistas demarcaron negativamente a ese canon bajo nociones de carácter materialistas, pragmatistas y liberales, quedando destituido de la posición teórica privilegiada otorgada por los dirigentes finiseculares del país. En palabras de Terán: "...[surge] una nueva sensibilidad que desalojará de su posición central al positivismo filosófico y al realismo literario... una misión elitista, juvenilista y americanista, que un sector de las vanguardias de los años veinte explorará en la Argentina..." (2004, pp.46-47). A pesar de la eficacia que había logrado el discurso positivista en la construcción institucional de los Estados-nación latinoamericanos, fue la falta de solvencia que le adjudicó gran parte de la comunidad

científica lo que hizo mermar su potencia explicativa frente a las tensiones y los conflictos culturales del momento. Resulta interesante el caso de Alejandro Korn, quien desde un ángulo político diferente y en forma temprana con respecto a varios núcleos de intelectuales argentinos, también llevó a cabo un notable cuestionamiento al positivismo (Bustelo; Rubio, 2016).¹ Ya con el colapso económico-financiero acaecido en 1929 y la prolongación de su ciclo depresivo más allá del año 1930, las representaciones simbólico-materiales fundadas por la Generación del '80 y celebradas en el Centenario perderían toda legitimidad: una nueva generación intelectual cobraría auge de la mano de ideas de corte nacionalista, algunas de ellas con una cierta revisión y valoración por el legado hispanista (Zuleta Álvarez, 1975). Cuando Ernesto Palacio intervino resueltamente dentro de este nuevo movimiento cultural con la difusión de sus producciones escritas, lo hizo esgrimiendo acusaciones contra las inmoralidades de los dirigentes políticos, unos vicios causados por “una sistemática denigración de lo propio, de lo nacional, en provecho de lo extranjero” (Palacio, 1939, p.9). Esos males, que agudamente ha descrito como aquejando a la nación, deberían ser revertidos a través del accionar de la labor intelectual, mediante el análisis del origen y destino de la conciencia del ser nacional. Palacio estudió minuciosamente la historia argentina para reformular los componentes simbólicos adversos a los signos nacionalistas, porque deducía que la historia sería la conciencia del propio ser y sin ella la patria sucumbiría a la desazón política y social (Palacio, 1939). Más aún, en tanto conciencia vital para la memoria colectiva, la historia debería ser plenamente activa, “viviente, estimulante, o no servirá para nada” (p.15).

La patología de la nación le resultaba profunda a Ernesto Palacio: a su entender, todas las culpas recaían en la noción liberal de progreso por haberle quitado a la sociedad su fuerza religiosa y su idealismo caballeresco. Calificó con dureza a la revolución emancipatoria del siglo XIX como la promotora de la dislocación de las pautas de la convivencia social en nuestro territorio, para después conferirle a la instancia de la organización del Estado-nación un criterio de civilización con

un igualitarismo de hormiguelo laborioso y laico, donde la única aventura legítima consistía en enriquecerse, el único culto honrado sería el del becerro de oro y los únicos héroes los fundadores de escuelas destinadas a perpetuar esa abyección. Renunciamos así a la historia, para resignarnos a la prosperidad material de la factoría, cuya vida se cuenta por la periodicidad de sus balances. (Palacio, 1939, pp.24-25)

Ensayistas e intelectuales del período, desde posturas revisionistas, nacionalistas e incluso ambas, no demoraron en reaccionar; prontamente se abocaron a revisar la memoria colectiva y a declarar estériles a las reflexiones historiográficas antecesoras. Al mismo

¹ Aunque esta cuestión excede al presente trabajo, resulta muy ilustrativo el análisis de Oscar Terán (2004, pp.46-63). También puede recurrirse a otro texto del mismo autor: *América Latina: positivismo y nación* (1987).

tiempo, la coyuntura de la época los estimulaba a producir las transformaciones culturales necesarias para que el espíritu de la nación lograra trascender a toda riqueza de índole material.

Jerarquía espiritual, elitismo republicano y nacionalismo: Ernesto Palacio, idea y acción

Ernesto Palacio estuvo vinculado a las vanguardias literarias y a la bohemia porteña durante su juventud, e incluso al "anarquismo político" (Devoto, 2002, p.158), a punto tal que Julio Irazusta dijo en ese sentido "...[Palacio] fue, como es natural en los grandes espíritus, el *petit anarchiste* que [Charles] Maurras confesó haber sido en su extrema juventud." (1975, pp.16-17).² Además formó parte de la Federación de Asociaciones Culturales, una entidad de las más radicalizadas que intentaba nuclear a varios centros socialistas y algunos anarquistas, orientada a ofrecer "...apoyo a los estudiantes reformistas cordobeses mediante actividades desplegadas en Buenos Aires" (Pulfer, 2022, pp.41-42). Y aunque en su vida universitaria Palacio transitó por esos espacios de sociabilidad, esas ideas no siguieron expresándose en su pensamiento. Tiempo después el ambiente académico le depararía nuevos lazos sociales donde madurarían amistades bajo otros signos ideológicos: maurrasianos, católicos renovadores (de base hispana), elitistas, nacionalistas y republicano jerárquicos. Participó en el derrocamiento del gobierno democrático de Yrigoyen encabezado en 1930 por José Félix Uriburu, pero los cambios por él esperados no sucedieron, pues el modelo conservador tradicional siguió vigente y esto le produjo una gran decepción. Como explica Darío Pulfer, Palacio no compartió las mismas aficiones "...que albergaban sectores del conservadurismo local en el gobierno, en particular, por el fascismo." (2022, p.76); en efecto, al concluir el período político abierto por Uriburu —bautizado críticamente como la Década Infame—, él saludó al movimiento golpista del año '43 porque lo interpretó como "...el cierre de una etapa de fraude y peculado" (Pulfer, 2022, p.140). Hacia 1945 comenzó a acercarse al proyecto político encabezado por Juan Domingo Perón, logrando desde ese espacio conquistar una banca como legislador nacional en los comicios presidenciales del año 1946. Tuvo asimismo una labor protagónica como presidente de la Comisión Nacional de Cultura y como fundador y miembro activo del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas³.

² La cita en cuestión también aparece en el trabajo de Darío Pulfer (2022, p.296).

³ Por Decretos del Poder Ejecutivo Nacional N°26/97 y N°940/97 esta entidad cobró rango oficial y pasó a denominarse Instituto Nacional de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas.

Transcurría el año 1926 cuando Ernesto Palacio produjo un cambio en sus reflexiones y perspectivas "...con respecto a la literatura y la política, que implicó un distanciamiento crítico de las prácticas anteriores. Fue el inicio de una serie de desplazamientos: de las vanguardias literarias a la política; de las revistas de letras al periodismo; del lirismo culturalista al nacionalismo; del agnosticismo a la fe de sus ancestros." (Pulfer, 2022, p.57). En ese registro de ideas, integró el núcleo de fundadores del periódico nacionalista *La Nueva República* (1927-1931) y del semanario político *Nuevo Orden* (1940-1942). Colaboró además en otras publicaciones gráficas de opinión política, como lo atestigua su paso por la revista cultural católica *Criterio*, y en todas ellas sus intervenciones entrelazaron un pensamiento nacionalista con connotaciones elitistas y republicanas, e incluso con variaciones de corte hispanista⁴. Por ejemplo, en varias revistas literarias de principios del siglo XX repercuten las ideas elitistas y el hispanismo, siendo *Plus Ultra* —editada en Buenos Aires entre los años 1916 y 1930— una de las protagonistas. Esta publicación opuso la virtud distinguida a la sociabilidad plebeya, demarcando así una tensión que era efecto del conglomerado urbano: una sociedad nueva, promiscua y vertiginosa proscibía a la auténtica nacionalidad, la cual podía hallarse con su contenido immaculado en el rincón de la provincia, en el temperamento de los antiguos señores, en el espacio profundo de la religión (Orlando, 2014). Intelectuales como Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones o Manuel Gálvez creyeron hallar el elemento esencial para que Buenos Aires espiritualizara su materialismo brutal y egoísta. Cada quien situó ese elemento en diversos ámbitos de la cultura. Algunos en la alta cultura no patricia; otros, ya hacia los años treinta, en la elite militar; o incluso en la religión católica. Sin dudas el antiliberalismo fue también un vaso comunicante muy significativo entre esos letrados y la joven generación que los sucedió, entre quienes estaba Ernesto Palacio. Tomaron como pauta de sus actos a Miguel de Unamuno, quien exhortó a su España para que mire a sus antepasados, e incluso a Maurice Barrès, quien especificó que el espíritu de una nación se compone de la tierra y los muertos, un pensamiento al cual se agregará la sentencia de De Maeztu (1986) que expresa que "los muertos [de Barrès] son las obras, las hazañas, los ideales de las generaciones pasadas, en cuanto marcan orientaciones y valores para la presente y las que han de sucederla" (p.205).

Ernesto Palacio no rehusó a la discusión y la polémica suscitadas en torno a aquellos preceptos. Para ello defendió la pureza del lenguaje y de la letra impresa desde el enfoque

⁴ No fueron pocos los intelectuales argentinos que hacia fines de los años '20 y durante los años '30 del siglo XX profesaron una crítica férrea a los preceptos liberales triunfantes en Caseros (1852). Entendían que tales principios habían causado la decadencia del país, optando entonces muchos de ellos por adherir a las ideas regeneracionistas provenientes de la península ibérica (Ramiro De Maeztu y Miguel de Unamuno) y de pensadores franceses (Charles Maurras, Jacques Bainville o Maurice Barrès), entre otros.

propio de los espíritus aristocráticos, enfatizando que la producción literaria había sido un honor sólo del espíritu selecto gracias al elevado nivel cultural de las minorías letradas. Sin embargo, en su presente observaba que cualquiera escribe, perdiéndose así el valor expresivo del lenguaje. En *El espíritu y la letra* señalaba que el objetivo de la difusión de los conocimientos culturales debía ser el alcance de “una mayor fraternidad entre los hombres, la igualdad efectiva en el saber y la abolición de toda coerción” (Palacio, 1936, p.9). Según él, el factor desencadenante de la crisis de la sensibilidad y de la inteligencia había sido la publicidad —una técnica de comunicación comercial vinculada al capitalismo industrial de consumo masivo—, autora ella de una mercantilización literaria que llevaba a la escritura hacia las multitudes populares: “La cultura, cuyo alto nivel antiguo se medía por el de las minorías dirigentes, ha caído” (p.13). Pero para Palacio la crisis de la letra impresa y de la lengua no era el verdadero trasfondo del problema. La cuestión residía en la “paulatina defección de las minorías selectas, olvidadas de su misión rectora por adaptación a las condiciones económicas del mundo contemporáneo” (p.13). La jerarquía social no debía ser un privilegio otorgado a los hombres de letras por su condición de tales, pues aún cuando él reclamaba una dirección del Estado por los hombres más capaces, diferenciaba la capacidad específica para ese fin de la presunción de la inteligencia especulativa o idoneidad, mentalidad característica del hombre burgués cosmopolita: “Ninguna época de la historia conoció un divorcio mayor entre las jerarquías económicas y sociales por una parte, y por otra las jerarquías de la inteligencia y de la sensibilidad” (Palacio, 1936, p.68). En su opinión, la incapacidad natural de las burguesías para cuestiones de autoridad, una cualidad que creía rotundamente que le cabía a una aristocracia letrada, venía dada porque aquéllas sólo sabían identificarse con el privilegio económico. En efecto, el análisis del orden económico y político del país fue un tema recurrente en su pensamiento y en el de su entorno cultural.

Muchos intelectuales de la época censuraron el comportamiento burgués de todos los sectores de la comunidad. En algunos casos argumentaron que la avidez de riqueza envilecía a quienes quedaban bajo su influjo; otros, por su parte, sumaron motivos a los ya dados y atendieron a los factores degradantes de las cualidades patrióticas de una nación verdadera. En el semanario político *Nuevo Orden* Ernesto Palacio tomó posición acerca de la revalorización del espíritu nacional, en tanto idea-fuerza capaz de amalgamar las voluntades colectivas bajo un idealismo patriótico. Tal es el caso del artículo “Enemigos del país” (1940), donde exhortaba a sus lectores a reconocer cuál es la esencia de la patria:

Ambos queremos que la Argentina sea fuerte, es decir, capaz de hacer respetar su derecho en el orden interno y externo. Ambos queremos que la Argentina sea próspera, es decir, que el producto de nuestro heroísmo tradicional y de nuestro trabajo actual se convierta en riqueza de la nación, tierra de abono necesaria para su libertad y su potencia, y no sea drenado al extranjero como tributo de servidumbre. Si usted quiere,

como yo, una patria así, soberana y propietaria de sus tierras... comprenderá que todo esto es menester ganarlo mediante una política heroica... Así lo reconoce la mejor juventud argentina, recogiendo el anhelo de autenticidad y soberanía que viene desde el fondo de nuestra estirpe hispánica... (Palacio, 1940, pp.1-2)

En efecto, Palacio no dudaba en explicar a su público lector que el caos social había sido provocado por la economía liberal-individualista y por los sofismas políticos del Romanticismo y de la Revolución Francesa, amenazadores de la jerarquía de clases, de la misión pastoral eclesiástica y del orden natural del Estado porque incitaban al “arbitrio individual, la demagogia y el obrerismo bolchevizante” (Palacio, 1927, p.1). La adhesión a ideales tan equívocos había producido entonces más de medio siglo de barbarie cultural, una decadencia que fue atacada desde la nota editorial “Nuestra raza” (1941) al afirmar que “nuestra estirpe es latina, nuestro idioma el castellano, cristiano nuestro modo de orar, de pensar y de sentir. ¿Hace falta citar algún elemento más para configurar los rasgos propios que hacen la personalidad de este conglomerado de pueblos?” (*Nuevo Orden*, 15 de octubre de 1941, pp.2-3).

Palacio reconocía en el hombre a un animal jerárquico (Palacio, 1936) y por ello imaginaba a las organizaciones colectivas siendo guiadas por una minoría rectora —entiéndase una aristocracia del espíritu—, de cuyo accionar sobrevendría un orden político vencedor de las ideologías liberales: una idea-fuerza virtuosa, jerárquica y nacionalista. El ejemplo de Italia y España le demostraba la posibilidad de éxito de una contrarrevolución espiritual guiada por voluntades dotadas de la fuerza política necesaria a tal empresa.⁵ En el prólogo a *Teoría del Estado*, un ensayo publicado en 1948, advirtió a los lectores que las acciones oportunas podían modificar el curso de los acontecimientos y que la marcha de la historia dependía de la voluntad y de la inteligencia de los actores implicados. En ese punto, la ciencia política, al circunscribir su objeto de estudio a la *pólis*, lo que haría sería tratar de comprender a la sociedad organizada, más allá de su legislación o sistema económico, como una totalidad proyectada en la historia. Dicha sociedad respondía, según Palacio, a un orden político natural, preexistente a cualquier pacto social entre los hombres; también suponía la colaboración estrecha de todos los elementos del Estado: poder personalista, clase dirigente y pueblo. El Estado se vería así obligado a ejecutar sus decisiones más vitales —honrar al fin común— siempre de modo jerárquico, según las cualidades de virtud y moral republicanas. Cuando esta estructura política se garantizara, entonces existiría la estabilidad y el bienestar; así lo escribe:

La función específica de la clase dirigente es gobernar, la del pueblo es acatar. Esto implica una cierta identificación moral del pueblo con la clase dirigente... cuando la

⁵ A pesar de haber tomado distancia crítica frente a los fascismos europeos, Ernesto Palacio prestó atención al aspecto antiliberal de los sucesos políticos españoles e italianos.

clase dirigente cesa de representar a la comunidad porque se cierra a sus anhelos, porque no se renueva al ritmo del progreso social, de los cambios naturales en las ideas y las costumbres, porque rechaza a los nuevos valores, y pone en peligro el destino común, la comunidad deja de reconocerse en ella y en sus principios que ya nada significan y busca expresarse por otros medios. (Palacio, 1948, p.76)

El artículo “Nuestra crisis política” (Palacio, 1940) singularizaba al régimen democrático argentino como una organización política vacía de sustancia: “Democracia es gobierno del pueblo por sus auténticos representantes... El representante democrático tiene que ser necesariamente en cierta medida caudillo del pueblo: inspirar confianza, respeto, amor” (Palacio, 1940, p.1).⁶ No al revés; pues el orden político no se fundaría en la ley, sino que ésta sería consecuencia de una sociedad previamente ordenada (Palacio, 1948). En conclusión, la clase dirigente no debía ser una clase socio-económica sino política, representativa y depositaria de la tradición cultural de la comunidad; necesariamente debía ser educada, e incluso debía encarnar una real selección de valores espirituales y “responder a los influjos de carácter moral e intelectual predominantes en la colectividad” (Palacio, 1948, p.132). Por su parte, Ernesto Palacio consideraba en “Nacionalismo y democracia” (1928) que los movimientos nacionalistas se manifestaban como una restauración de la idea clásica de gobierno y de sus principios políticos tradicionales. Ellos rebatían, con sus verdades fundamentales de orden, autoridad y jerarquía, los desaciertos del sistema institucional democrático y las costumbres liberales anglosajonas adversarias de la tradición católica española. A su juicio, el nacionalismo perseguía el bien de la nación, en tanto colectividad humana organizada que subordina los intereses individuales al colectivo y los derechos individuales al Estado. Lo inverso sucedía al invocar los derechos absolutos de las democracias modernas porque su espíritu sólo animaba el desarrollo de la civilización industrial. Sin embargo, en el escrito “Las condiciones de la política actual” (1936), Palacio señalaba que tal fracaso no afectaría la verdadera idea democrática consistente en aceptar “la soberanía del pueblo y en profesar la necesidad de un régimen más igualitario” (1936, pp.435-439). Una idea que no implica una contradicción en su pensamiento elitista, ya que el significado de los conceptos de voluntad popular e igualitarismo tiene un doble uso: por un lado busca evitar el antagonismo entre una clase plutocrática y las multitudes proletarizadas, propias de la práctica económica burguesa; por otro, limitar el campo de acción política de esos actores sociales. En suma, para Palacio, un auténtico orden político expresa en sí mismo la primacía de una inteligencia selecta, que permita una percepción más completa y uniforme de toda la realidad, con una voluntad que sólo oriente su acción en beneficio

⁶ Allí iguala los términos ser-caudillo y ser-político a la luz de la auténtica función que les compete a ambos: orientar sus acciones, sin detenerse en los medios, para lograr los fines colectivos supremos de la nación.

de la causa pública:

No hay renovación profunda en un país sin un cambio de voluntad política, sin un cambio de estilo, y sin que juegue esa relación sutil y poderosa de la CONFIANZA [sic] del pueblo en sus dirigentes. Una revolución política implica siempre un acto de confianza: no a un programa de reformas institucionales... sino a un gran propósito colectivo, y al hombre o al grupo de hombres que lo encarnen. (Palacio, 1941, p.1)

Se sabe que la participación intelectual de Ernesto Palacio en *Número* fue efímera pero no por ello poco contundente. Arriba allí como efecto del cisma intelectual que se produjo al interior de un núcleo de pensadores católicos vinculados a la revista *Criterio*. La publicación *Número* (1930-1931) surgió entonces como un espacio donde el prestigio letrado no debía sucumbir frente a la necesidad de divulgación masiva que buscaban los grupos eclesiásticos afines a los Cursos de Cultura Católica: “el centro de la polémica estuvo en cuestiones estéticas y, en particular, en la valoración de la vanguardia o 'nueva sensibilidad.’” (Adur et al., 2018, p.11). La revista supo construirse estéticamente a partir de una aproximación singular a los postulados neotomistas en sintonía con la consolidación en el país del catolicismo integral de los años treinta. El proyecto cultural de *Número* articulaba ortodoxia católica con vanguardia estética; y si bien perseguía una sofisticación intelectual, con desarrollos teológicos y filosóficos, sus enunciaciones estaban dirigidas a un grupo de lectores minoritarios, posición que terminó por distanciarla de la praxis que imponía el catolicismo para alcanzar de modo más directo a las masas sociales e intervenir políticamente sobre ellas.

Palacio publica en *Número* sólo dos artículos: “La hora de José de Maistre” y “Romanticismo”, ambos durante 1930. Este último contiene un análisis, recurrente en sus enunciaciones, por medio del cual busca determinar ciertos aspectos del movimiento romántico en vistas de las necesidades espirituales que padecen los tiempos modernos a causa de la deshumanización ilustrada, a la que concibe como descristianización, y que requieren de virtuosos protectores del orden cultural y político. Por su parte “La hora de José de Maistre” (1930) se ocupa de restaurar la figura de uno de los máximos combatientes de las ideas de la Ilustración francesa y la Revolución de 1789: “José de Maistre había seguido de cerca, desde la primavera roja del terror, el proceso de la locura libertaria y pronosticado cuáles serían sus consecuencias.” (Palacio, 1930, p.5). En concordancia con sus escritos políticos en *Nuevo Orden* y los análisis expuestos en *Teoría del Estado*, una y otra vez, el pensamiento de Palacio gira en torno a la idea de que los hombres no pueden dictarse sus propias leyes porque su conciencia autónoma atenta contra el orden cristiano y por otro lado porque fomenta el liberalismo de las democracias modernas. Tampoco duda en exclamar que “la democracia es ruina material y muerte espiritual” (Palacio, 1930, p.6), razón que lo conduce a pensar que la acción de todo católico debe estar dirigida a “procurar el advenimiento del reinado temporal de

Cristo” (p.6), aunque para ello las naciones deban recurrir a virtudes políticas esencialmente antidemocráticas, ya que siempre serán respaldadas por “la ayuda de Dios y por la espada.” (p.6).

Cuando integra *Número* Ernesto Palacio ya resulta ser una figura intelectual con reconocimiento en el seno de los núcleos cultos porteños.⁷ Su escasa participación en la revista no deja entrever una modificación ideológica frente al caos social denunciado por él y su grupo de pares. Durante el periodo de vida de esta publicación se encuentra muy activo y atento a los vaivenes políticos que desencadenarán el golpe de estado de José Félix Uriburu del 6 de setiembre de 1930, un proceso que integrará no sólo como letrado, sino que además le despertará grandes esperanzas para remediar los males de la República. Se ha señalado aquí que ese momento histórico se percibía catastrófico, degradado en valores morales y espirituales, imbuido del afán y lucro económicos. Pero en lo inmediato, y siendo testigo directo del posicionamiento asumido por el gobierno de facto, Palacio resueltamente se desilusionará. Podría decirse —y con su *Catilina*⁸ despeja toda duda— que los cambios virtuosos esperados nunca llegaron; al contrario, denunciará el giro de los acontecimientos que colocaban al país bajo la misma tutela de los agentes liberales, representantes y continuadores de los ideales de Caseros: Uriburu y su gabinete aseguraban la continuidad del modelo conservador tradicional, a la vez que defendían los intereses económico-financieros de las empresas extranjeras, mayormente petroleras.

Con la persistencia de los principios liberales en el ámbito institucional local, resurge entonces en Palacio la perplejidad sobre el destino del bien público y la nación, mostrando su antipatía hacia un régimen conservador que es defendido a ultranza por una oligarquía aún gobernante y sumisa al capital extranjero. Los dos escritos con los cuales interviene en la revista *Número* apuntan llanamente a redimir 'lo nacional' de su contaminación foránea. Este ataque a la fascinación y encantamiento por las ideas importadas, un emblema siempre presente en los círculos intelectuales por él frecuentados, lo posicionó dentro de una generación intelectual que debía necesariamente desafiar a sus predecesoras. Se reeditaba la tradicional operación simbólico-disyuntiva del '37 decimonónico, aunque en esta ocasión el acto de interpretar los males que aquejaban al país envolvía la paradoja de desentrañar un pensamiento nacional que venía fecundado por lo ajeno. Siguiendo a Sverdloff (2019), puede decirse que la irrupción de la nueva sensibilidad, afín al modernismo cosmopolita, no ubicaría a

⁷ *El espíritu y la letra* obtuvo el Premio Municipal de Letras y esto afianzó el prestigio de Palacio dentro del campo intelectual local.

⁸ Este ensayo tuvo tres ediciones: *Catilina. Contra la oligarquía* (1935), *Catilina. La revolución contra la plutocracia romana* (1945) y *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma* (1965).

Palacio, ni quizás tampoco a algunos letrados de su entorno, en un lugar bisagra de la cultura argentina; antes bien los colocaría en el borde de un proceso de tensión entre las ideas-fuerza de carácter nacional y las foráneas. De esta forma explica el autor que

los arrierguardistas periféricos argentinos no pueden replegarse en lo propio, deben necesariamente traducir y apropiarse de lo extranjero: es importado el género manifiesto vanguardista, es importada la apropiación que de él hacen las *arrière-gardes*, es importada la propia biblioteca de los nacionalistas neorrepublicanos. Lo cual marca una paradójica 'riqueza de la biblioteca', ligada, por lo demás, a las experiencias de internalización de varios miembros del grupo neorrepublicano, Ellos también, como gran parte de los intelectuales argentinos de la época, tienen lazos estrechos con Europa: el despertar al maurrasianismo de Carulla es inseparable de su experiencia como médico en el ejército francés durante la Primera Guerra Mundial; los Irazusta hicieron en 1923 un iniciático viaje a Europa, en el cual sobre todo Rodolfo cayó bajo la influencia de Maurrás y Julio trabajó amistad con el filósofo, poeta y crítico literario George Santayana... Ernesto Palacio era un actualizado lector de novedades de literatura europea. Y particularmente Julio Irazusta y Palacio tenían contactos más o menos fluidos con la práctica de la traducción: Irazusta tradujo a Edmund Burke, Jules Lemaître, Aldous Huxley; Palacio a Dante Alighieri, Giuseppe Ungaretti, Jacques Maritain y Louis-Ferdinand Céline, entre otros. (Sverdloff, 2019, p.51)

El planteo de Sverdloff (2019) tiene una perspectiva de análisis significativa. En ella utiliza la noción de antimodernismo periférico para explicar cabalmente la operación intelectual subyacente a la producción de la idea de nacionalismo republicano. El testimonio viene dado en "Organicemos la contrarrevolución" (1927), un artículo donde Palacio expone la forma de tratamiento de los textos importados para colocarlos al servicio de un programa cultural nacionalista y antidemocrático. Los autores clásicos y sus textos, escribe Sverdloff, "son pensados como reserva de sentido para criticar una modernidad entendida como 'decadencia', esto es, como la disgregación de esa unidad orgánica que los neorrepublicanos podrán situar en la época colonial..." (2019, p.52). Así, desde y con ellos, se presenta un discurso que legitimaría a la virtud cívica frente al ocaso moral que generan las democracias cosmopolitas. Cualquier proyecto de país anclado al aluvión inmigratorio y al crisol de razas será impugnado; correrá la misma suerte la contemplación de la amerindia profunda, o incluso la mirada latinoamericanista sobre el continente. Un papel diverso jugará la literatura clásica europea, pues, gracias a sus efectos morales civilizatorios, desarrollaría ciertos lineamientos esenciales de la tradición local: la cultura local que sería en el ser de la cultura universal occidental (Pulfer, 2022; Sverdloff, 2019, p.60).⁹

⁹ Ernesto Palacio tradujo textos destacados de la literatura extranjera por encargo de, entre otras, las editoriales Losada, Sudamericana, La Espiga de Oro (de orientación católica) e incluso Sur, entidad dirigida por Victoria Ocampo.

Aunque Ernesto Palacio haya encontrado en los textos extranjeros elementos culturales para nutrir algunas de sus ideas, esta atracción por cierta literatura ajena fue selectiva y no se trasladó a otros ámbitos de su pensamiento. Frente a las fórmulas totalitarias y/o autoritarias de entreguerras, provenientes también del continente europeo, supo distanciarse; tampoco se identificó sustancialmente con un nacionalismo de características conservadoras, ya que a su entender éste sólo hacía posible que los exponentes de la oligarquía local recuperaran el control de los resortes del Estado para garantizar sus privilegios individuales y los de su clase. Incluso se mantuvo apartado del cúmulo de pasiones germanófilas que entusiasmaron a varios grupos civiles y militares del país. Como otros intelectuales de la época, Palacio varió en sus gestos y posturas, abandonando muchas de las veces unos círculos de sociabilidad (y de productividad letrada) para incorporarse a otros. Desde ya pensó a la nación por sobre todas las cosas, adscribiendo a una idea nacionalista, elitista y jerárquica, una idea cuya acción lograra el desarrollo de los intereses del Estado y los propios de la comunidad, con preeminencia a los signados como corporativos e individuales.

Reflexiones finales

Fueron varios los intelectuales de la época que buscaron renovar la polémica en torno al contenido simbólico-material de la idea de nación. Algunos de ellos mediante una mirada pesimista e incluso melancólica; otros en cambio con potentes impulsos transformadores. Así hallaron sustento para su cometido en el pensamiento maurrasiano y en el conjunto de percepciones que demonizaban a las experiencias parlamentarias europeas. Estas ideas los condujeron en muchos casos a rescatar el espíritu de la Restauración bajo la gracia de la iglesia y la monarquía. Y en ese ambiente antidemocrático fue donde circularon las premisas de los movimientos nacionalistas, hispanistas y jerárquicos: desde las páginas de la eclesiástica y combatiente *Criterio* o de *La Fronda* ganaron crédito tales tesis. La construcción de una nación socialmente ordenada, que varios intelectuales encuadraban dentro de los límites de la Constitución Nacional, implicaba entonces la acción de una elite dirigente capaz de revisar la verdadera historia nacional e iluminar a sus protagonistas.

Ese clima intelectual fue propicio para que Ernesto Palacio desarrollara un agudo análisis político-cultural a fin de comprender la crisis imperante. Recurrió al uso de los elementos simbólicos propios del discurso hispanista para efectuar una doble operación: por un lado, recobrar los principios fundamentales (entendidos como naturales) para que la sociedad pudiera alcanzar, como fin último, una armonía orgánico-funcional, donde la jerarquía aristocrático-espiritual regulara la complejidad del sistema; por otro, y a efectos

de aquéllos, lograra superar el estado de barbarie implantado por las ideas de la democracia liberal. No fue casualidad la velocidad con la que circularon sus denuncias respecto de las malas gestiones administrativas a nivel económico y financiero, y sus acusaciones ante los descalabros políticos padecidos por la República a causa de una práctica democrática teñida de una falsa conciencia nacional, “...usufructuaria y demoliberal” (Irazusta, 1930). Ya a principios de la década del '40 el semanario político *Nuevo Orden* dejaba de identificar a las cuestiones culturales como el origen principal del mal que carcomía a la República, adjudicándolo, en cambio, a las finanzas extranjeras y a la corrupción que había hecho degenerar la democracia en una plutocracia, donde los gerentes de los intereses antinacionales gobernaban las instituciones políticas en detrimento de los intereses colectivos del país (Pulfer, 2022). Hubo un giro en las reflexiones políticas e históricas del período; ganó espacio una nueva actitud intelectual que buscó reconstruir el pasado nacional localizando las fisuras ocultas en el relato de los sucesos pretéritos. Al respecto, Ernesto Palacio explica en *Catilina* las causas de la pérdida de la misión histórica del país: culpa de traición por tales fallas al grupo dirigente —el autor establece una semejanza entre los síntomas de la decadencia romana y los de la civilización de su época—, e incluso los culpa por mantener la confusión generalizada respecto de la verdadera esencia de la nación. Propuso la creación de un nuevo orden social e institucional opuesto a una oligarquía ruinosa y benefactora del imperialismo anglosajón y estadounidense, razón por la cual instó a abandonar el tutelaje colonial sufrido por el país y atacó el Pacto Roca-Runciman, cuyas cláusulas habían cobrado gran repercusión en la opinión pública por afectar a las arcas de la nación. Justamente, el nacionalismo para él tiene que ser proteccionista en el rubro económico y neutralista en el plano internacional (Pulfer, 2022).

Palacio creía además que el mal del país no podía sanarse con mitos o leyendas. De hecho, su nacionalismo pretende erradicar los elementos folclóricos que él mismo le adjudicaba a la idea de patriotismo promulgada por la tradición liberal canónica. En tal sentido, la clausura de esa idea era inexorable, pues su nacionalismo, en tanto concepto general para el país, estaba articulado simbólicamente y materialmente de forma racional, con la capacidad suficiente para poder efectuar una correcta lectura e interpretación de la realidad. Adhirió a una nueva forma republicana de gobierno a la luz de la idea del republicanismo clásico romano y de la premisa de ruptura entre las nociones de democracia y república: el neorrepublicanismo. No obstante, esta propuesta política quedaba enmarcada dentro de un nacionalismo paradójico, constituido a partir de un acto de importación cultural. Como advierte Mariano Sverdloff:

Los clásicos son pensados como reserva de sentido para criticar una modernidad entendida como “decadencia”, esto es, como la disgregación de esa unidad orgánica que los neorrepublicanos podrán situar en la época colonial, en el régimen de Rosas o en el

país liberal previo a la Ley Sáenz Peña... el propio concepto de república es ilustrado recurriendo al pasado grecolatino... Ahora bien: para sancionar tal idea de *república* aristocrática, los redactores de *LNR* [la publicación *La Nueva República*] reproducen entero, entre los números 29 (25/08/1928) y 37 (20/10/1928) una traducción del libro I del *De republica* de Cicerón... Asimismo, los clásicos, a partir de violentos montajes y recontextualizaciones, sirven para intervenir en el contexto cultural y político más inmediato y coyuntural. (Sverdloff, 2019, pp.52-53)

De esta forma, los nacionalistas neorepublicanos enunciaron argumentos para distinguir la operación de traducción e importación nacionalistas, de la importación y traducción cosmopolitas por la irrelevancia de ésta para integrar la esencia del ser nacional. Intentaron llevar a cabo una reapropiación selectiva e ideológica de aquello que interpretaron como el reservorio simbólico de la herencia cultural occidental, donde el pasado clásico obraba como entidad legitimadora de ellos mismos, en tanto intelectuales, pero también de sus producciones discursivas.

En definitiva, Ernesto Palacio consideraba necesaria para sanar al país la construcción de una arquitectura social compuesta por un orden jerárquico según la tríada: líder, elite cultural y pueblo=comunidad. Esa estructura la dilucidó bajo un nacionalismo virtuoso, republicano y garante de la justicia, las leyes y los derechos y libertades ciudadanas, aspectos estos últimos que están ligados al ejercicio democrático, pero que fueron reinterpretados en sintonía con el tipo de sociedad (neo)republicana imaginada. Con su mirada revisionista estudió la historia argentina, exaltando las personalidades con liderazgo fuerte pero no a las autoritarias, ni tampoco a las divorciadas de los elementos sociales que debían componer a la nación; Pulfer escribe al respecto que "...ese distanciamiento de las fórmulas autoritarias [fascistas] y de su importación lo separaban de otros pensadores nacionalistas..." (2022, p.75). Palacio entendía que solamente así sería posible el desarrollo del ser nacional; que gracias a una voluntad rectora se instaurarían los verdaderos preceptos para dirigir el Estado, principios necesarios y suficientes para garantizar el bien común en la nación.

Referencias bibliográficas

- Adur, L., Cabezas, L., Dondo, F. (2018). *La revista Número: 1930-1931*. Academia Argentina de Letras. <http://www.catalogoweb.com.ar/biblioteca-digital/publicaciones-digitales.html>
- Ariza, J. (2008). *Bellezas argentinas y femmes de lettres. Representaciones de la mujer en la revista ilustrada Plus Ultra (1916-1930)*. VIII Jornadas de Estudios e Investigaciones de Arte y Cultura, Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio E. Payró, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Barbero, M., Devoto, F. (1983). *Los nacionalistas (1910-1932)*. CEAL.
- Buchrucker, Ch. (1987). *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Sudamericana.
- Bustelo, N., Domínguez Rubio, L. (2016). El antipositivismo como respuesta a la crisis civilizatoria. El proyecto filosófico-político de Alejandro Korn. *Cuadernos del Sur – Filosofía*, (45), 23-40. <https://revistas.uns.edu.ar/csf/article/view/870>.
- Caprara, S., Ferrandi, L. (1988). Las revistas y las artes gráficas: Plus Ultra. *Boletín del Instituto de Historia del Arte Argentino y Americano, Facultad de Bellas Artes, U.N.L.P.*, (8), (vol.10), 53-61.
- De Maeztu, R. (1986). *Defensa de la hispanidad*. Huemul.
- Devoto, F. (2002). *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Siglo XXI.
- Gramuglio, M. (2013). *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Editorial Municipal de Rosario.
- Hobsbawm, E. (1998). *La era del imperio, 1875-1914*. Crítica.
- Irazusta, J. (1975). *El pensamiento político nacionalista. De Alvear a Yrigoyen*. Obligado Editora.
- Irazusta, R. (28 de junio de 1930). La dificultad de la revolución. *La Nueva República*, 51.
- Losada, L. (comp.) (2017). *Política y vida pública. Argentina (1930-1943)*. Imago Mundi.
- Losada, L. (2016). Élités sociales y élites políticas en Argentina. Buenos Aires 1880-1930. *Colombia Internacional*, (87), 219-241. <https://www.redalyc.org/journal/812/81245608010/>
- Losada, L. (2013). Convenciones culturales y estilos de vida. La elite social de la Argentina de entreguerras en las crónicas sociales de la revista Caras y Caretas (1917-1939). *Social and Education History*, (2) (vol. 2), 152-175. <http://dx.doi.org/10.4471/hse.2013.10>.
- Losada, L. (2008). *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*. Siglo XXI.
- Mangone, C. (1989). Plus Ultra: entre el pastel y la gouache. En G. Montaldo (Comp. 2006), *Literatura argentina del siglo XX. Yrigoyen entre Borges y Arlt* (pp.90-91). Paradiso-Fundación Crónica General.
- Navarro Gerassi, M. (1969). *Los nacionalistas*. Jorge Álvarez.
- Nuestra raza (15 de octubre de 1941) [nota editorial]. *Nuevo Orden*, 2, 66, 2-3.
- Orlando, D. (octubre de 2019). *Argentina frente al Manifest Destiny estadounidense: representación y recepción de un ideario cultural en la revista Plus Ultra*. XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca, Argentina. <https://www.aacademica.org>
- Orlando, D. (25 al 28 de noviembre de 2014). *El modernismo letrado en la década del '20: canonizaciones simbólicas e identidad nacional en Plus Ultra* [Actas no publicadas]. I Jornadas Nacionales de Filosofía del Departamento de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.
- Orlando, D. (2006). Plus Ultra: entre la obnubilación aristocrática y la arrogancia despótica. *El Matadero. Revista crítica de literatura argentina*, (4) (2da. época), 29-54.
- Palacio, E. (1948). *Teoría del Estado*. Kraft.
- Palacio, E. (26 de noviembre de 1941). El problema moral: crisis de confianza. *Nuevo Orden*, 2, 72, 1.
- Palacio, E. (25 de julio de 1940). Enemigos del país. *Nuevo Orden*, 1, 1-2.
- Palacio, E. (8 de agosto de 1940). Nuestra crisis política. *Nuevo Orden*, 1, 4, 1-2.
- Palacio, E. (1939). *La historia falsificada*. Peña Lillo.
- Palacio, E. (1936). *El espíritu y la letra*. Serviam.
- Palacio, E. (1936). Las condiciones de la política actual. *Nosotros*, 1 (2da época), 4, 435-439.
- Palacio, E. (1935). *Catilina. Contra la oligarquía*. Rosso.
- Palacio, E. (enero de 1930). La hora de José de Maistre. *Número*, 1, 5-6.

- Palacio, E. (mayo de 1930). Romanticismo. *Número*, 5, 1.
- Palacio, E. (5 de mayo de 1928). Nacionalismo y democracia. *La Nueva República*, 13.
- Palacio, E. (2 de diciembre de 1927). Organicemos la contrarrevolución. *La Nueva República*, 1, 1.
- Payá, C., Cárdenas, E. (1978). *El primer nacionalismo argentino*. Peña Lillo.
- Pulfer, D. (2022). *Ernesto Palacio: un nacionalista en la encrucijada de la Argentina*. (Tesis de Doctorado). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/18482>.
- Pulfer, D. (agosto de 2019). *Trayectoria de Ernesto Palacio: de Martín Fierro al primer peronismo*. XIII Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. <http://cedinpe.unsam.edu.ar/content/pulfer-dario-trayectoria-de-ernesto-palacio-de-martin-fierro-al-primer-peronismo>
- Sverdloff, M. (2019). Antimodernos periféricos: traducción, importación y tradición clásica en La Nueva República. *Estudios de teoría literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, (17), (vol. 8). <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/3779/3728>.
- Terán, O. (2004). Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980. En O. Terán (Coord. 2004), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano* (pp.13-95). Siglo XXI.
- Terán, O. (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Derivas de la "cultura científica". FCE.
- Terán, O. (1987). *Positivismo y nación en la Argentina*. Puntosur.
- Terán, O. (1983). *América Latina: positivismo y nación*. Katún.
- Viñas, D. (14 de marzo de 2004). Una revista VIP: Victoria Ocampo, sus orígenes. *Suplemento Radar Libros. Página/12*.
- Wechsler, D. (1991). Revista *Plus Ultra*: un catálogo del gusto artístico de los años veinte en Buenos Aires. *Estudios e Investigaciones: Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio E. Payró*, (4), (vol.10), 199-214.
- Zanatta, L. (1991). *Del Estado liberal a la nación católica*. Sudamericana.
- Zuleta Álvarez, E. (1975). *El nacionalismo argentino*. La Bastilla

Publicaciones periódicas

- Número* (1930-1931) [publicación mensual]. Academia Argentina de Letras. <http://www.catalogoweb.com.ar/biblioteca-digital/publicaciones-digitales.html>
- La Nueva República* (1927-1931) [publicación quincenal]. Colección Publicaciones Periódicas Antiguas Microfilmadas, Biblioteca Nacional.
- Nuevo Orden* (1940-1942) [semanario político]. Colección Publicaciones Periódicas Antiguas Microfilmadas, Biblioteca Nacional.